

Lola Pons Rodríguez

El árbol de la lengua

arpa

SUMARIO

Presentación. Una cosecha de textos	13
El árbol de la lengua	17
Bosques y árboles	
Prejuicios lingüísticos de todos los colores	23
Eres pedante	27
Todos hablamos un dialecto y no una lengua	31
El sonido de los árboles	
Hay una mano en mi ortografía	37
¡Es un interrobang!	41
<i>Trasporte</i> no es una falta de ortografía	44
Batallas de la ñ	48
El chulé donde la <i>t</i> vivía	51
Te juro que <i>b</i> y <i>v</i> se pronuncian igual	54
Ni muda ni inútil: <i>h</i>	61
Diez palabras con <i>ll</i> para explicarte el yeísmo	65
<i>Conocérete</i> fue una <i>suérete</i> : la vocal intrusa de los cantantes	69
Toda la verdad sobre <i>almóndiga</i>	72
Las tritónicas, en venganza por los <i>phrasal verbs</i>	76

Árboles gramaticales

Cuyo, poético perdedor	83
Eres leísta... y no lo sabes	87
Ponga un subjuntivo en su lápida	92
Guerra en el subjuntivo: <i>tuwiera</i> está aplastando a <i>tuwiese</i>	95
Tú contestaste que no	98

La frondosidad del vocabulario

A lo que obliga el escaño	105
Las peores palabras del español	108
¿Por qué el nombre <i>Ambrosio</i> nos suena a mayordomo?	111
O sea, la de muletillas que usamos, ¿sabes?	115
¿ <i>Black Friday</i> o <i>Viernes negro</i> ?	119
Tenemos que hablar de tus ex	122
Una cosita que revela tu origen: el diminutivo	125

Semillas que crecen

Siento que hablo por primera vez	131
En la clase de lengua	135
El acoso, por su nombre	138
Lo que nadie quiere	141
De moda no, <i>lo siguiente</i>	144
Estamos en plan explicando la expresión <i>en plan</i>	147

El árbol de la ciencia

Tenemos una nueva palabra en español: <i>escutoide</i>	153
El apellido que dio nombre a la listeriosis	157
Veinte cosas sobre los números hasta el 20	161

Viejos y nuevos terrenos

Un héroe a la vista	167
Cómo traducir una catedral incendiada	171
Bélgica habla español	175
Cuando en España no llamaban americanos a los de América	179
<i>Migrar, inmigrar, emigrar</i> y otras palabras para la ausencia	182
Guiri, te queremos	185
El hombre del retrato	187
España fuera del español	191

Raíces de mi árbol

El cónsul y los vendimiadores	197
Con acento andaluz	201
<i>Despasito</i> le gana la batalla a <i>Despacito</i>	204
Rosalía: <i>malamente</i> (tra, tra) no es tan malo	207
Donde llueve harinilla: palabras de Andalucía	211

Mujeres bajo el árbol

Tener mala letra, tener letra de mujer	217
La historia machista de la palabra <i>institutriz</i>	221
La vida empuja a la lengua: de <i>señora</i> a <i>señoro</i>	225
Lesbianismo: cuando el armario se abrió, estaba lleno de palabras	229
Queridas lingüistas	233

A la fresca sombra

Flabelos, abanicos y aires acondicionados: palabras para tomar viento	239
--	-----

Bajo los adoquines, las palabras para bañarse	243
Del moscoso al rodríguez: palabras para no trabajar	247
Cucurucho, gazpacho, sangría: las palabras que comemos en verano	251
Bikinis y otra ropa mínima: las palabras que te visten en verano	255
El nombre de los palos secos entre la arena y otras palabras raras del verano	258
El árbol del dinero	
Lo que una palabra tiene en su haber	265
Divina moneda, ruin calderilla	267
Ahorrar te hará libre... o esclavo	270
De <i>destripaterrones</i> a <i>las kelis</i> : palabras para los trabajadores	272
Serás pobre aunque te apellides Rico	276
El árbol de Navidad	
Tenemos más Belenes que Natividades: los nombres navideños en España	283
La Nochebuena también es <i>Nochegüena</i>	287
Los Reyes Magos son los padres... del teatro	291
Vendrá un nuevo año y tendrá sus palabras	294
Sigue cultivando el árbol	
Ejercicios de reflexión lingüística	301

*A mis lectores, que tanto me acompañan.
Y también, in memoriam, a Julio Arenas Olleta,
que en diciembre de 2018 dejó de hacerlo.*

Presentación

Una cosecha de textos

El lector tiene ante sí una cosecha de sesenta y nueve textos que desde el verano de 2017 al invierno de 2019 he ido publicando en distintos medios periodísticos españoles. Todos ellos son artículos sobre el español y abordan cuestiones muy variadas que implican a la lengua en cualquiera de sus aspectos: la pronunciación, el habla de los jóvenes, los dialectos, la ortografía, la gramática, el vocabulario y aspectos concretos de la expresión de la ciencia o de la economía, entre otros asuntos. El primero de estos textos, «El árbol de la lengua», sirve como declaración de principios sobre qué entiendo que son o que deben ser las lenguas en una sociedad, y es también el que sirve para titular el libro.

Las fuentes parecen fidedignas: un estudio que se desarrolló en la Universidad de Yale, avalado luego por su publicación en la revista *Nature*, estima que en nuestro planeta hay un promedio de 422 árboles por persona. Los estudios más recientes calculan que en el mundo se hablan unas 17.000 lenguas. Hay, pues, menos lenguas que árboles, pero la lengua es también, a su manera, un árbol, nos resguarda, crece con nosotros, florece, tiene sus ciclos... Por eso, he querido organizar los textos de este libro en torno a esa metáfora del árbol para

dividirlo en doce secciones. En la primera sección, «Bosques y árboles», me ocupo de las diferencias entre lengua y dialecto, así como de los prejuicios con que a menudo contemplamos árboles (lenguas) que no son el nuestro. A continuación, la sección «El sonido de los árboles» reúne textos que tienen que ver con la pronunciación y la ortografía de nuestra lengua, desde clásicos como la letra ñ a rarezas como el signo ortográfico de la manecilla. La morfología y la sintaxis del español se consideran en los textos agrupados en la sección «Árboles gramaticales» y del léxico de nuestra lengua me ocupo en «La frondosidad del vocabulario», donde se tratan temas como las evocaciones que nos despiertan algunos nombres, las traducciones, los diminutivos o las muletillas. Todo árbol tiene en su origen a una semilla que germinó y en la sección «Semillas que crecen» atiendo al sector más joven de nuestros hablantes para explicar cómo se adquiere una lengua, cómo creo que debería enseñarse o cómo cambia el lenguaje juvenil. La sección sexta, «El árbol de la ciencia», trata de descubrimientos, de números y de bacterias para ilustrarnos sobre la historia y la modernidad del lenguaje científico. En «Nuevos y viejos terrenos» indagamos sobre los lugares donde el árbol de la lengua española ha crecido; más allá de España y de América, o con hablantes que no venían de ninguna de esas dos áreas, también ha crecido el español y de eso hay huellas en la actualidad que merece la pena rastrear. Todo árbol tiene sus raíces, las más están en Andalucía; los textos de la sección «Raíces de mi árbol» tratan aspectos que implican a muchos otros territorios hispanohablantes, no solo por la evidente vinculación entre Andalucía y América, sino porque los prejuicios con que se ha tratado a la variedad andaluza se repiten para el español de otras zonas. En «Mujeres bajo el árbol» exploramos sobre las mujeres como hablantes, y en «A la fresca sombra», nos servimos de la excusa del verano para recorrer la historia de las palabras estivales del español, una verdadera fuente de cambios

lingüísticos de los que se pueden sacar muchas conclusiones. «El árbol del dinero» trata sobre el lenguaje de la economía y con «El árbol de Navidad» reunimos textos que investigan sobre los textos, los nombres y las palabras del fin de un año.

Estos textos reunidos aquí se han escrito como respuesta a una cuestión de actualidad, vinculados a una noticia repentina, a una celebración social, a un problema político o a una discusión que ha acaparado cierta atención mediática. Para este libro he modificado someramente esos textos que salieron en los medios; en algunos casos se incluyen aquí versiones más largas, que al salir en prensa hubieron de ser recortadas por las exigencias de encaje de los textos periodísticos. En otros casos, he preferido limar y acortar el texto de partida para que fuera entendido más allá de las claves limitadas en que pudo surgir.

Al final del libro, el lector encontrará algunos ejercicios ligados a los textos que lo conforman. Estos ejercicios son de cultura lingüística y se parecen poco a los que solemos ligar a la asignatura de Lengua. Pueden servir para ampliar o seguir investigando y aprendiendo sobre cuestiones de la lengua y la cultura hispánicas. Se trata de ejercicios sin soluciones cuya respuesta puede encontrarse en una búsqueda aplicada en cualquier fuente al uso.

Todas estas piezas han sido escritas gracias al aliento y al abrigo que le dieron los responsables de distintos medios de comunicación. Debo a la responsable de *Verne*, sección digital de *El País*, Mari Luz Peinado y a Jaime Rubio su paciente mano tendida incluso cuando mi agenda se pone viajera y desaparezco unos meses. En la sección de Opinión de *El País*, la confianza de su directora, Máriam Martínez-Bascuñán, y de Jorge Marirrodriga, ha sido una constante y grata oportunidad para el pensamiento y la escritura. Cuatro de los textos que incluyo se publicaron en las revistas *Archiletras* y en *Muy Negocios & Economía* gracias a la invitación de su director, Arsenio Escolar. Debo a todos ellos mi gratitud.

Y, al otro lado de este libro, sosteniéndolo entre sus manos, quizás esté una de las personas que dio lugar a que fuera escrito. Si he hecho divulgación lingüística desde hace ya más de cuatro años ha sido, sobre todo, por los lectores que estaban al otro lado de la página. La acogida que han dado a mis artículos y su cariño cuando he podido ponerles cara o nombre han abonado vigorosamente este árbol de la lengua que ahora se ha convertido en libro. Por eso les dedico este libro.

El árbol de la lengua

La lengua es un árbol y su fruto la palabra; lo decía con términos parecidos a estos a final de la Edad Media esa historia caballeresca entre real e inventada que es el *Victorial*. Siglos después, seguimos sin percibir la profundidad intelectual de las raíces de ese árbol y las posibilidades infinitas de los frutos que nos ofrece. Advertiremos su magnitud cuando entendamos que la lengua es la mejor herramienta que el ser humano ha sido capaz de crear y alimentar; apreciaremos su grandeza cuando comprendamos que narrar puede hacernos revivir la cólera de Aquiles y que la seducción perfecta es la que se sostiene sobre las palabras; cuando seamos conscientes de que la palabra puede ser la que prende y la que apaga el fuego; cuando leamos por placer y cuando no solo escribamos por obligación; cuando nos esforcemos por hablar con la justeza que cada entorno nos exige, sin confundir pedantería con riqueza lingüística ni imprecisión con llaneza.

Cuando los niños jueguen con el vocabulario y aprendan a usar los diccionarios en papel, saltando por sus páginas como quien picotea eligiendo lo mejor de una cosecha. Cuando nuestros estudiantes no digan *no sé explicarme*, cuando el desarrollo de la expresión oral y escrita sea un compromiso

para todos los docentes, impartan la asignatura que impartan. Cuando sepamos estimar en los centros educativos la potencialidad del plurilingüismo de los migrantes; cuando desde las aulas seamos capaces de entrenar críticamente la sensibilidad del alumnado ante el paisaje lingüístico de las calles. Cuando no observemos la ortografía como corsé sino como consenso, como el mejor código para que nuestros libros y textos viajen por todo el mundo sin visado previo; cuando la gramática sea un motor de conocimiento y análisis y no el fin último de la enseñanza lingüística.

Cuando nos creamos de verdad que no hay lenguas mejores que otras. Cuando no asociemos la superioridad de una lengua a tener un sistema gráfico ni pensemos que tenerlo convierte a una variedad en una lengua. Cuando no liguemos la capacidad de un idioma a su número de hablantes. Cuando aceptemos que la lengua que no cambie será la próxima dueña del cementerio; cuando respetemos lo recibido de igual forma que valoramos lo creado novedosamente. Cuando consideremos que la pureza lingüística es tan peligrosa como la pureza racial. Cuando asumamos que muchos de los extranjerismos que hoy usamos se irán y que otros muchos se quedarán; cuando nos enteremos, por fin, de que ambos procesos dependen de la voluntad de los hablantes, porque la lengua no existe fuera de nosotros.

Cuando dejemos de creer que lo que no está en el diccionario no existe; cuando admitamos que el diccionario no puede cambiar la realidad sino fotografiarla. Cuando consideremos que los lingüistas no se dedican a perseguir a los hablantes por hablar como hablan; cuando dejemos de pensar que para enseñar una lengua basta con ser nativo. Cuando haya correctores de estilo en las empresas de comunicación y se reconozca el nombre del traductor en todos los libros traídos de otros idiomas. Cuando escribir un artículo científico en inglés dé más visibilidad pero no más prestigio que hacerlo en español;

cuando nuestros políticos se percaten de que investigar sobre lingüística es también hacer ciencia.

Cuando nos demos cuenta de que quien engaña con las palabras va a ser capaz de trampear con las cuentas y las leyes. Cuando dejemos de identificar el cuidado lingüístico con ser políticamente conservador y la creatividad lingüística con ser políticamente progresista. Cuando entendamos que desdoblar el género es una opción personal que no arruina a la lengua y que no desdoblarlo es igualmente una opción personal que no tiene por qué suponer un ataque al feminismo.

Cuando nos olvidemos de la idea de que a un país le ha de corresponder una sola lengua; cuando asimilemos que las comunidades bilingües de España no deben hacerse monolingües, ni de una lengua ni de otra. Cuando respetemos que a esto que escribo unos lo llamen *castellano* y otros *español*; cuando comprendamos que, aunque esta lengua nació en Castilla, es mucho más que ese castellano de los orígenes. Cuando conozcamos las variedades del español en el mundo. Cuando hablar con acento del sur no te dé menos posibilidades que hablar con acento del norte, porque seamos conscientes de que ser de un lugar o de otro no garantiza un mejor uso lingüístico. Cuando comprendamos que las lenguas son patrias que cobijan; cuando la lengua no sea ni la jaula ni el ariete.

Entonces, nuestra cultura lingüística corresponderá a las inmensas capacidades de nuestra lengua. Entonces, y solo entonces, estaremos como hablantes a la altura de ese árbol gigante que nosotros mismos hemos creado.

BOSQUES Y ÁRBOLES

Un árbol se compone de raíz, tronco y copa; la suma de árboles crea un ecosistema llamado *bosque*. En este árbol de la lengua que aquí vamos a recorrer página a página, vamos a empezar contemplando el conjunto de árboles desde arriba, mirando las diferencias que hay entre las lenguas o las formas que tenemos de valorar las distintas variedades. No hay árbol perfecto: el que resulta muy apropiado para un bosque boreal es de una especie que se adapta mal a un clima templado. De la misma forma, no hay manera de hablar idónea y mejor que otras; la mejor forma de usar la lengua es la que se adapta a las circunstancias de cada contexto, a las exigencias de nuestro entorno y de nuestros interlocutores.

En los tres textos que siguen, hablaremos de dialectos, de variedades lingüísticas y de los recelos que a menudo otros árboles de otras lenguas nos despiertan. Una palabra agrupa a todos los bosques, con sus diferencias internas y sus discordancias: *comunicación*; en esas cinco sílabas que hemos heredado del latín COMMUNICARE tenemos a un pariente de los adjetivos *común* y *descomunal*. Comunicarse es, sin duda, un descomunal proceso de lo más común.



Prejuicios lingüísticos de todos los colores

Te aseguro que no eres el único que naufraga en la distinción entre azul klein, azul pavo y azul azafata. Colores como el orquídea, el lima, el menta, el berenjena, los flúor o los empolvados nos muestran que los nombres para los colores van variando y se refinan hasta el detalle en español actual. No es un fenómeno nuevo: estamos ante uno de los grupos de vocabulario que más se renueva, perdiendo y ganando. Por eso, el mundo del colorido, en sus cambios y su recorrido histórico, puede usarse como muestra para explicar por qué mucho de lo que pensamos sobre las lenguas es falso.

Por ejemplo, tú defiendes que es una genuflexión humillante hacia el inglés que nos hayamos traído de esa lengua palabras como *nude* (un tono parecido al rosa palo) o *caqui* (palabra que vino del inglés). No te pongas la mano en la frente asustado por estos anglicismos cromáticos; también el español le prestó al inglés el nombre del río Colorado y del estado que le da nombre. Francisco de Ulloa lo recorrió en el siglo xvi y llamó a su desembocadura «mar Bermeja» por el color rojizo de sus aguas. Los préstamos no van solo en una dirección.

Tú piensas que el español se está empobreciendo porque está perdiendo nombres de colores que antes se usaban más. El *crudo* de antes (llamado así por el color de la lana sin blan-

quear) se llama ahora sobre todo «beis» (del francés *beige*). Pero el español también perdió nombres latinos de colores: nuestros antepasados distinguían entre el color negro mate (lo llamaban *ATER*) y el brillante (*NIGER*). No es más pobre el español comparado con el latín; simplemente nosotros expresamos el matiz entre mate y brillo sumando un adjetivo.

Tú crees que la lengua se estropea porque la gente ya no dice *granate* sino *burdeos*, y que así las palabras-de-toda-la-vida se van a perder, pero palabra de toda la vida te puede parecer *rojo*, que, en cambio, no se usaba apenas en la Edad Media, cuando los hablantes usaban más *bermejo*. Otro nombre para el rojo, el *colorado*, es preferido en América (junto con *encarnado*) y en buena parte de Andalucía para denominar a este color. Los adolescentes andaluces antes se ponían *colorados*, y posiblemente se pongan *rojos* ahora. Los medios y los productos globales hacen que se borren algunas de esas diferencias. Pese a ello, llamar *celestes* a los ojos azules sigue siendo muy frecuente en parte de Andalucía.

Tú eres capaz de decir que, con tanta gente de diversa procedencia que llega a tu ciudad, la lengua se va a terminar corrompiendo a fuerza de mezcla. Y no te das cuenta de que lo que percibes como legítimamente hispánico y no extranjero puede muy posiblemente haber sido una novedad para nuestros antepasados. Son arabismos nombres de colores como *azul* o *añil* (la planta de la que se sacaba la pasta azul oscura que dio nombre al color era llamada en árabe *nîl*). Germánicas son denominaciones de colores como el gris y el blanco, que también reemplazaron a otras: en la Edad Media llamaban *pardo* a lo que hoy llamaríamos *gris*, y *gris* se empleaba sobre todo para el color de la piel de ardilla llamada *grisa*. La palabra germánica *blank* de la que proviene *blanco* barrió a las formas latinas *ALBUS* y *CANDIDUS*.

Tú piensas que el español es sobre todo un patrimonio de España y te olvidas de que en América hay más hablantes,

más variedades y más oportunidades de crecimiento para el español. El *fosforito* con que acompañas al verde, naranja o rosa como denominación de color es muy reciente, de finales del siglo xx, pero si miras qué significa *fosforito* en el ámbito americano verás que allí, desde la acepción ‘cerilla’, tiene muchísimas otras acepciones: un tipo de emparedado en Argentina, una persona muy delgada en Nicaragua, alguien que se enfada pronto en Venezuela... El equivalente de una paleta cromática es cualquier lengua en su conjunto de variedades.

Pero claro, tú a lo mejor crees que si hablamos de dialectos o variedades del español estamos apuntando a todo lo que no coincide con la Castilla fundacional, y que el estándar coincide punto por punto con la forma de hablar castellana. Pues mira, *sietecolores* es nombre para el jilguero en Burgos y Palencia, y *golorito* (derivado de la palabra *color* con diminutivo) llaman a este pájaro en La Rioja. El castellano de Castilla también tiene su propia dialectología interna.

Tú sostienes que si hay tantos cambios en las lenguas es porque lo de los colores antes era muy subjetivo, nada científico, que hoy lo tenemos más claro con las etiquetas numéricas para los colores. Pero algunos de nuestros nombres de colores vienen del antiguo vocabulario científico. *Amarillo* viene del lenguaje médico: la palabra latina que significaba ‘amargo’ (AMARUS) dio lugar a AMARELLUS, adjetivo con el que se designaba a quien tenía el color pálido de quien padece de una enfermedad de hígado, órgano que antiguamente se relacionaba con la secreción de humor amargo.

Tú te pones en los postres de la cena familiar a argumentar que los extranjeros tienen mucho morro porque el español es más fácil de aprender y más lógico que las lenguas que tú estudias en una academia. Y no te has parado a pensar en que nuestros estudiantes de español como segunda lengua tienen en los derivados de los nombres de colores uno de los grupos léxicos que más les amargan la vida, ya que cada color tiene

una terminación distinta. En inglés, basta con añadir *-ish* siempre (*reddish, greenish*), pero en español lo que no es blanco del todo es *blanquecino* o *blancuzco*, lo que es un poco rojo es *rojizo*, si es un poco azul se dirá *azulado*, en tanto que lo que es un poco gris será *grisáceo* y es *amarillento* algo un poco amarillo. Pensar que la lengua propia es más fácil y lógica que el resto es otro prejuicio lingüístico más.

Tú piensas, en fin, que debo escribir negro sobre blanco que la lengua es uniforme y no debería cambiar. Y yo lo que pretendo explicarte es que prejuicios lingüísticos hay de todos los colores.